

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

El papel de los medios gráficos durante la dictadura. El Semanario Nueva Presencia.

Medina, Carlos Alberto (UNGS).

Cita:

Medina, Carlos Alberto (UNGS). (2007). *El papel de los medios gráficos durante la dictadura. El Semanario Nueva Presencia. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/707>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Mesa Temática Abierta: N° 79

Título: El papel de los medios gráficos durante la dictadura: el
Semanario «Nueva Presencia»

Autor: Medina Carlos Alberto.

Becario de Investigación y Docencia Universidad Nacional de General
Sarmiento- Instituto de Desarrollo Humano – Área de Historia
(caraike65@hotmail.com)

Resumen

Este trabajo analiza un aspecto del papel cumplido por el periodismo, más precisamente la prensa escrita, durante la última dictadura militar, indagando particularmente las prácticas discursivas y el lugar dado en la agenda del semanario Nueva Presencia, a la problemática de los derechos humanos y la violencia desatada por la dictadura militar, durante el período 1977-1983.

Resulta interesante conocer la historia de este semanario y su participación como un medio periodístico crítico de la dictadura, sus prácticas de resistencia y sus articulaciones con el mapa de representantes de los demás medios, en el marco de los condicionantes propios de este período histórico. En este sentido, resulta importante establecer una distancia del discurso que homogeniza el accionar de la prensa y al mismo tiempo dar relieve a las diversas expresiones que pudieron, aun desde un acotado espacio, cuestionar frontalmente a la dictadura.

El trabajo se funda en una doble consideración: por un lado, que los diarios han sido poco estudiados en tanto voces de actores sociales cuyas prácticas discursivas producen efectos sociales de algún tipo; por el otro, que falta construir una historia del periodismo que aborde lo esencial de la actividad periodística, el discurso.

El papel de los medios gráficos durante la dictadura: el Semanario «Nueva Presencia»

Este trabajo intenta explorar sobre un aspecto particular del papel llevado a cabo por el periodismo, más precisamente la prensa escrita, durante la última dictadura militar. Para ello, intenté indagar sobre las prácticas discursivas, relativas a la violencia desatada por el gobierno militar y a la violación de los derechos humanos, del semanario *Nueva Presencia* del período 1977-1983. En este mismo sentido, el esfuerzo estuvo centrado en analizar el lugar dado en la agenda del semanario a la problemática de la violencia y los derechos humanos, así como también prestar atención sobre las posiciones desde las cuales se observaban y/o se denunciaba el accionar represivo de la dictadura y la violación de los derechos humanos.

El presente estudio intenta enfocar una mirada sobre dos aspectos particulares, por un lado, el estudio de los medios de prensa (diarios y revistas), como actores sociales cuyas prácticas discursivas producen efectos sociales de algún tipo, y que sin embargo, han sido poco analizados como tales; por el otro, intentando acentuar la necesidad de elaborar una historia del periodismo que, justamente, aborde una práctica fundamental de la actividad periodística misma, como es el discurso.

Asimismo, la investigación buscó aportar unos mínimos elementos que permitan la construcción de una historia sobre el desempeño de los medios de prensa durante la dictadura militar, mediante el análisis de sus discursos, dado la limitada cantidad de trabajos sobre dicho tópico.

La prensa ha sufrido fuertes presiones a lo largo de la historia argentina. Durante la última dictadura militar dicha presión fue la más terrible, dado que el nivel de violencia utilizado fue hasta ese momento inédito. Su desempeño durante este triste período de la historia argentina ha estado signado por un conjunto de elementos enfrentados, compuesto por silencios obligados y voluntarios, periodistas exiliados y desaparecidos, medios cómplices o tibiamente críticos, censura y autocensura, listas negras y adláteres del Proceso, como también resistencias dignas. Por ello, resulta necesario volver la mirada sobre dichos comportamientos, para profundizar el análisis sobre el papel de la prensa, dado que su actuación sigue siendo materia de debate aún en estos días. El periodismo argentino conoció muchas variantes de ese accionar: el legítimo silencio provocado por el miedo se mezcló con actitudes parciales y justificadoras de las acciones de la Junta Militar, como también con desempeños críticos hacia el régimen, de algunos periodistas y medios.

La falta de una revisión crítica por parte de los mismos medios de prensa sobre su desempeño durante la última dictadura militar es hoy, todavía, una deuda pendiente. Su papel y la discusión correspondiente, no ha sido abordado en su total profundidad, más allá de un importante número de investigaciones que dan cuenta del accionar cómplice del grueso de los medios periodísticos, como del desempeño de otros, los menos, críticos del gobierno de facto.

Sin embargo, quedan todavía algunos medios que no han sido investigados en su totalidad, dada la extensión de posibles líneas de acercamiento al tema. Es en ese marco, que intenté profundizar el análisis en los medios que se enfrentaron críticamente a la dictadura, centrando la mirada, en particular, sobre la actuación de este semanario y sus estrategias para desafiar y resistir las condiciones del medio.

Por ello, la elección del semanario *Nueva Presencia*, y su estudio durante el período de 1977-1983, tiene como objetivo analizar cual fue el desempeño de este medio en particular respecto de las estrategias desarrolladas —en contraposición con el accionar

de otros medios de prensa- para tratar temas relacionados con la violación de los DD. HH. y la violencia operada por la dictadura militar en el gobierno durante ese período de la historia reciente de nuestro país.

Dicha elección se basa en el rol que tuvo este medio, a diferencia de otros medios de comunicación escrita, que pudo confrontar de manera crítica la violencia ejercida desde el Estado desde el mismo discurso periodístico.

La historia de este semanario y su participación como un medio periodístico crítico de la dictadura no ha sido objeto de investigación histórica por lo que resulta relevante conocer su trayectoria, analizar sus prácticas de resistencia al gobierno militar, así como también, explicar sus articulaciones con el mapa de representantes de los medios de prensa, en el marco de los condicionantes propios de este período histórico. En este sentido, resulta relevante establecer una distancia del discurso que homogeniza el accionar de la prensa y al mismo tiempo dar relieve a las diversas expresiones que pudieron, aun desde un acotado espacio, cuestionar frontalmente a la dictadura.

El papel de los medios

En la historia argentina del siglo pasado, muchos medios estuvieron consecuentemente alineados con las sediciones y golpes de Estado. Evidenciaron, de manera manifiesta, una ideología autoritaria y antidemocrática, instaurada sobre las grandes restricciones, impotencias e ineficiencias del Estado de Derecho que los mismos medios resaltaban en su discurso. Así, para una buena cantidad de medios, la democracia argentina era dilapidada por malos gobiernos elegidos por un pueblo inmaduro, lo que justificaba su pretensión de cambio a expensas de la eficacia, el desarrollo económico o una seguridad ideológica.

Este discurso fue una constante de los grandes medios, para justificar a los gobiernos autoritarios, aun los más criminales, mientras criticaban de manera, a veces solapada, insolente o despiadada a cuanto gobierno elegido por la sociedad consiguió ocupar el poder del Estado. Por esto, el papel jugado por los medios de comunicación, como sostén y portavoz de la ideología del terrorismo de Estado, se encuadra en la idea que plantea que la sociedad argentina no presenta homogeneidad en cuanto a una pertenencia a una cultura política democrática, como tampoco a una cultura de carácter autoritario, entendiendo por cultura política al resultado colectivo de la suma de expresiones subjetivas que influyen en el funcionamiento del sistema político. Sí, en cambio, pueden los sectores dominantes, de acuerdo con sus necesidades, hegemonizar el discurso autoritario o democrático transformándolo en valor socialmente aceptado y legitimado mediante su institucionalización, operando sobre la falta de homogeneidad social. En este aspecto es que los medios de comunicación social cumplieron un papel esencial como apoyatura de la acción del Estado terrorista (Duhalde, 1999).

Es posible considerar el funcionamiento de la prensa durante la dictadura como un fenómeno complejo, que no puede ser reducido exclusivamente al ejercicio de la censura propia de los regímenes dictatoriales, sino que deben ser incluidas diversas características propias de cada medio, en cuanto a su historia, públicos representados, ideología, intereses económicos y prácticas discursivas.

Las sociedades, para explicarse, para entender lo que viven, su propia historia y sus proyectos futuros, construyen permanentemente representaciones de sí mismos y de sus relaciones con los otros. Dicha percepción supone una visión imaginaria de lo real, que necesariamente organiza y ordena el mundo social. En esta línea, siguiendo a

Castoriadis se puede definir a las significaciones imaginarias sociales como "aquello por medio de lo cual y a partir de lo cual los individuos son formados como individuos sociales, con capacidad para participar en el hacer y en el representar / decir social".¹ Los medios de prensa, como instituciones que forman parte de la sociedad, actúan en este sentido como un espacio de constitución y cristalización de significaciones sociales. Y esto es así, porque lo que los medios participan activamente en la construcción y en la emisión de dichas representaciones, de las creencias y los valores de la vida social, es decir, de los imaginarios sociales. Las diferentes secciones de los periódicos aparecen, en su totalidad, como un gran espacio pautado para la opinión dentro de un diario y se construyen en base a argumentos selectivos e interpretativos de los acontecimientos.

Los medios de prensa tratan de convertirse, constante y cotidianamente como actores autorizados, prestigiosos y legítimos. El concepto de campo, que plantea Bourdieu para el estudio sociológico de los diversos ámbitos de la práctica social, es perfectamente aplicable al caso de la prensa. Un diario clasifica y califica, al mismo tiempo que es calificado y clasificado, participando de luchas simbólicas.

Tradicionalmente, los periódicos argentinos fueron concebidos como extensiones de los grupos de poder que los emplearon como canal doctrinario y apoyo para sus ofensivas políticas, como es el caso de los hoy dos diarios principales: *La Nación*, vocero de una oligarquía agraria y los sectores más conservadores de la sociedad, y *Clarín*, asociado desde su creación a la burguesía industrial y el movimiento desarrollista. La escasa tradición de prensa independiente tuvo su principal exponente en *La Opinión*, diario que precisamente intentó constituirse como actor político.

Los medios escritos no encarnan un actor social definido, puesto que en su estructura de propiedad y líneas editoriales a menudo confluyen, se superponen y compiten intereses diversos. No puede considerarse entonces que los diarios intervengan públicamente a la manera de actores autónomos, pero no actúan como vehículos neutrales que transmiten contenidos elaborados en otra parte. La prensa presta en cambio un ámbito privilegiado para la expresión y disputa de los distintos actores políticos y sociales que a la vez impulsa y es impulsada por los intereses en juego en cada medio: ofrece un campo a las disputas entre ellos.

Existe coincidencia en afirmar que un amplio conjunto de sectores sociales y actores políticos veían en el golpe militar una posibilidad para recuperar el normal funcionamiento del sistema institucional, de ahí las expectativas positivas que despertó en estos sectores y en sus representantes periodísticos la llegada de Videla al gobierno, junto con un nuevo plan económico que permitiese recuperar ventajas perdidas por determinados sectores.

El papel de los grandes medios de comunicación durante la dictadura, saca a la superficie razones elementales que se relacionan con los fines éticos del que informa, emparentado con un inevitable compromiso con el Hombre, la democracia y los derechos humanos, que no puede ser evitado en nombre de una supuesta "neutralidad periodística" que ubique al comunicador por fuera de las obligaciones que tienen todos los hombres en una sociedad.

Pierre Bourdieu advierte que, en la producción de las noticias, los periodistas ejercen de por sí una forma de censura, aún sin saberlo, al no retener más que aquello que entra en sus categorías y hacer así una selección de la realidad social. Las palabras, afirma, en los medios de comunicación, pueden "hacer cosas, crear fantasmas,

¹Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. II, Tusquets, 1989.

miedos, fobias o, simplemente, representaciones falsas” (Bourdieu, 2000). No se trata de una manipulación individual o volitiva de los periodistas, sino de un efecto estructural, objetivo, anónimo e invisible de los medios de comunicación. Para comprender lo dicho y lo silenciado es preciso conocer la posición de los órganos de prensa y la posición de los periodistas en el interior de esos órganos

Propiedades de los géneros periodísticos como la jerarquización y la contextualización de la información, el recorte de elementos subjetivos que desbordan su lenguaje y cierto efecto de acostumbramiento producidos por la rutinización podrían contribuir a la exclusión, cosificación e invisibilización de ciertos actos o actores. De hecho, las muertes, pueden no ser calificadas como asesinatos en la prensa, que puede no nombrarlas, ni como homicidios ni como ejecuciones.

El carácter diario de los periódicos es en más de un sentido paradójico: la noticia de un evento excepcional no se distingue mayormente de la información de rutina y las referencias a las amplias, heterogéneas e impredecibles dimensiones del quehacer humano, deben adaptarse a formatos preestablecidos. Esta condición sumamente pautada y estructurada de los medios opera confirmando una visión del mundo que a menudo es también la del público con quien el diario establece su compromiso de lectura. Los lectores encuentran en la construcción de la realidad que propone el periódico una comprobación de su propia visión del mundo, que tiende así a reproducirse a sí misma, antes que a cuestionarse. Quizás el lector de periódicos no espera encontrar en ellos una novedad, sino la continuidad del estado de las cosas y una interpretación acostumbrada de las mismas; una reafirmación de la confianza en la estabilidad del mundo y sus instituciones.

Antes que sorprender o crear curiosidad por lo desconocido, los diarios tenderían a incorporar lo nuevo en un paisaje mental preconcebido, a organizar los contenidos en relatos normalizadores y, en el límite, a crear un acostumbramiento que derive en indiferencia.

La pregunta que surge es hasta qué punto, entonces, los medios pueden producir un distanciamiento con los hechos que debieran acercar. Habría también una familiarización y adaptación al horror que puede contribuir a aceptar las tragedias como “inevitables”. Las preguntas por el rol de los medios masivos en el reforzamiento de la indiferencia o la banalización del sufrimiento exceden el marco de este trabajo, pero deben mencionarse como factores que potenciaron la creación de los “otros” subversivos, como “objetos” extraños, ajenos e invisibles.

En la época que abarca nuestro estudio la mayoría de las noticias son altamente tipificadas y responden a modelos preestablecidos en los que sólo se modifican las circunstancias del hecho referido. La ausencia de análisis y la escasez de elementos contextuales a la violencia contribuyen a su banalización. Los indicios de la represión se encuentran ocultos en esos torrentes de información previsibles, en los raros quiebres de esos modelos tan pautados o bien en los márgenes del diario, en pequeñas pastillas iluminadoras y aún en el espacio periférico de la publicidad comercial.

El efecto ideológico de la reproducción del sistema cultural se evidencia a través de las prácticas productivas de los media, con todas las determinaciones internas y externas del sistema de comunicación de masas, prácticas que aparecen como estandarizadas y reproductoras de un estado de cosas particular, pero que también encierran múltiples variables y contradicciones, dada la complejidad de la reproducción cultural, mediada por la conexión entre el sistema cultural dominante y las actitudes y acciones de los individuos.

Estas acciones individuales del público se orientan en función de múltiples factores, tanto estructurales como culturales, que influyen además sobre la actuación de los medios.

Los medios de masas poseen y ejercen una influencia, dado que son algo más que un simple canal de expresión de diversas voces e intereses. Su particular estructuración o el énfasis dado a determinados temas por sobre otros, los coloca como algo más que un transmisor. Por el contrario, ofrecen perspectivas, modelan miradas, promocionan temas, definen atmósferas y áreas de importancia, etc.

Si bien es necesario aclarar que los efectos de los medios sobre los individuos ya no corresponden a los analizados como su influencia sobre las actitudes, los valores y comportamientos de los destinatarios, sino como un efecto cognoscitivo, es decir sobre los sistemas de conocimiento que el individuo asume y estructura, a partir del consumo de comunicación de masas. Asimismo se instala un cambio en la temporalidad de los efectos, ya no son efectos puntuales e inmediatos derivados de la exposición a un mensaje en particular, sino que se trata de efectos que se acumulan como sedimentos en el tiempo.

En este modelo la exposición cotidiana, normal, continuada permite, en el largo plazo, un proceso de significación y de valoración sobre lo que los medios presentan. Es aquí donde los medios aparecen como participantes importantes en el proceso de construcción de la realidad, dado que con su influencia ayudan a estructurar la imagen de la realidad social en el largo plazo, a organizar nuevos elementos de dichas imágenes, a formar nuevas opiniones y creencias.

Las teorías sobre los efectos de los medios en las audiencias, han girado significativamente sobre la consideración de las posibilidades manipuladoras de las audiencias por parte de los medios de comunicación.

Sin embargo, estos efectos, lejos de los enunciados por las teorías conspirativas, serían predominantemente de tipo cognitivos y se encuadran en lo que se ha dado en llamar "teoría de la construcción de agenda" (agenda setting).

Esta teoría analiza las relaciones entre los temas que han sido enfatizados como destacados por los medios y los temas que se instalan como significativos para la opinión pública. Los medios de comunicación social, realizan una cobertura de los acontecimientos de la actualidad, realizando una jerarquización, por lo que el temario configurado por los medios, tendrá, necesariamente, un impacto sobre su audiencia.

Puede considerarse que existe una relación directa y causal entre el contenido de los medios y la percepción por parte del público respecto a qué es lo más importante de entre todos los acontecimientos sociales. En otras palabras, se considera que es muy posible que los medios carezcan de la capacidad necesaria para indicarle a la gente cómo debe pensar (puesto que influir en la opinión es mucho más complejo, ya que esta se encuentra construida en función de múltiples variables) pero sí es factible que impongan determinados temas, dejando otros en segundo plano, logrando así una manipulación indirecta.

Esta dependencia cognoscitiva de los medios permite establecer un impacto directo sobre los destinatarios de la información, aunque no inmediato, que se configura sobre dos niveles: el "orden del día" de los temas, argumentos y problemas presentes en la

agenda de los media; y la jerarquía de importancia y de prioridad con la que dichos elementos son dispuestos en ese orden del día.

La fuerte caracterización como noticia que los conocimientos o los acontecimientos tienen en los medios y la constante enfatización sobre algunos temas, aspectos y problemas forman un marco interpretativo, un esquema de conocimiento que se aplica para dar sentido a lo que observamos.

Se construye así una tendencia a la persuasión por medio de una persistencia cotidiana: las actitudes de los destinatarios parecen actuar en el sentido de ir integrando la agenda subjetiva con la propuesta de los media.

Otro aspecto importante que aparece como un dispositivo del efecto de agenda, es la omisión o ausencia de cobertura de ciertos temas, o la intencional cobertura sumisa o penalizada que sufren determinados temas.

Dicho estándar incluye un marco de referencia y las necesidades, valores, creencias y expectativas que influyen lo que el individuo extrae de una situación comunicativa. Por lo tanto, la formación de la agenda del público se convierte en algo mucho más complejo que la simple estructuración de un orden del día de temas y problemas por parte de los media.

La censura

El mismo día del golpe, la Junta difundió el siguiente comunicado:

“(...) Será reprimido con reclusión de hasta diez años, el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o Policiales.”²

Estas fueron las palabras elegidas por la Junta para limitar la libertad de expresión. El comunicado no especifica claramente qué es lo que no se puede decir, qué cosas o cuáles noticias son las que llevan el propósito de “perturbar, perjudicar o desprestigiar”. Por lo tanto, a partir de ese momento toda frase, fotografía, título, etc. estaba bajo sospecha.

Comienza así un período que aún provoca la polémica y la discusión. El debate acerca del papel de la prensa en la dictadura todavía no ha terminado. En la recopilación de textos periodísticos *Decíamos ayer* se detallan algunas de las situaciones ocurridas a partir de la llegada al poder de la Junta Militar.

A ese primer comunicado se sumaron documentos provenientes de la Secretaría de Prensa y Difusión sobre los valores cristianos, combate contra el vicio y la irresponsabilidad, defensa de la familia y el honor, eliminación de términos procaces tanto como de opiniones de personas no calificadas, etc. Una buena cantidad de publicaciones partidarias fueron sacadas de circulación o intervenidas, y muchos periodistas fueron detenidos o asesinados. Al cabo de la dictadura desaparecerían cerca de un centenar de periodistas, la mayoría de ellos no por haberse atrevido a publicar sus verdades, sino en su calidad de delegados sindicales o por su relación con organizaciones partidarias, de derechos humanos o político-militares.

² Comunicado N° 19, 24 de marzo de 1976. En Caraballo, Liliana: *La dictadura (1976-1983) Testimonios y documentos*, Eudeba. Buenos Aires, 1999.

La característica más destacable y con la que ordinariamente se asocia el funcionamiento de la prensa en la dictadura es la censura. Es difícil evaluar en qué medida la actitud de los medios fue orientada por las prohibiciones o el temor y hasta qué punto, en cambio, su papel activo en la creación de un imaginario afín al régimen fue guiado por una convicción. Los testimonios y estudios sobre la prensa en dictadura coinciden en caracterizar a la prensa como un conjunto homogéneo afín al régimen; afirman que, al asumir los militares, “los medios entraron en cadena.”³ Por otro lado, varios testimonios sobre la prensa de la época destacan la importancia que tuvo la autocensura.

Por otra parte, sería un error considerar que la censura argentina se constituyó recién en 1976. Como observa Andrés Avellaneda, se había organizado lentamente durante más de un cuarto de siglo hasta alcanzar una etapa de aceleración a partir de 1974. Así, si bien es indispensable considerar la fractura institucional que significó el golpe militar, también es necesario vincular algunas características del funcionamiento de los medios de comunicación durante el período dictatorial (1976-1983) con tendencias presentes en etapas anteriores y con marcos institucionales preexistentes que habilitaron el uso indiscriminado de algunos medios por parte de las Juntas.

Así, es necesario tener en cuenta que las restricciones al trabajo periodístico durante el gobierno militar no supusieron un corte abrupto respecto a las existentes en gobiernos anteriores, puesto que la prensa había sufrido limitaciones en su actividad ya bajo otros regímenes. Tampoco hubo una instancia decisiva o inaugural de la censura, sino que a la tradición preexistente de censura previa se sumaron “recomendaciones” y sugerencias, reforzadas por la censura “a posteriori” del terror: el miedo generado por la desaparición, asesinato y/o secuestro de periodistas, que condicionó severamente el ejercicio de la profesión.

Se puede considerar que el primer momento es una continuidad de la etapa previa, iniciada hacia fines del '74 y comienzos del '75, con el gobierno de Isabel Perón. Una gran cantidad de periodistas vivió distintas situaciones de persecución, secuestros, asesinatos y presiones emanadas directamente del régimen militar o de los empresarios periodísticos que habían apoyado el golpe y estaban aliados al gobierno. En gran parte de los diarios de esa etapa se observa un discurso monocorde en el que las opiniones quedan bloqueadas y las noticias se emiten fríamente, casi sin comentarios ni explicaciones.

Al tomar el poder el 24 de marzo de 1976, los militares impusieron la censura previa al ordenar que todas las pruebas de galera que tuviesen información política debían ser llevadas al Comando del Ejército antes de ser publicadas. La medida rigió sólo durante veinticuatro horas, ya que se tornó impracticable en términos burocráticos e innecesaria en función de la disposición favorable hacia el régimen mostrada por los principales medios de comunicación. Ese mismo día la prensa fue instruida para censurarse a sí misma y guiarse por una serie de principios abstractos, como “impulsar la restitución de los valores fundamentales que contribuyen a la integridad social”, “suprimir todo lo que estimule la sexualidad y la violencia”, “actuar firmemente contra el vicio...” o “preservar la defensa de la institución familiar”; y recibió lineamientos generales sobre el chequeo de las fuentes y la inconveniencia de publicar información “sensacionalista”, pero sin mencionar las palabras “restricción” o “censura”.

³ Rodolfo Terragno en un editorial de su revista Cuestionario. (Citado en Blaustein 1998)

Más tarde, un comunicado dispuso penas por publicar información contraria al gobierno cuyas pautas seguían vagamente definidas. La noche del 22 de abril del mismo año, por último, una hoja de papel sin firma ni membrete comunicó a los periodistas acreditados en la Casa de Gobierno la prohibición de informar, comentar o hacer referencia a temas relacionados a “episodios subversivos, hallazgos de cadáveres, secuestros, desapariciones, muertes de elementos sediciosos y asesinatos de militares, policías o agentes de seguridad” a menos que tuvieran por origen una fuente oficial, con el argumento de que cualquier información de otro origen sería “propaganda” para las guerrillas. *Clarín* informó entonces que “la rígida censura de prensa impuesta el 24 de marzo duró sólo 36 horas” y que se produjo “desde entonces, el progresivo retorno a la normalidad en todos los órdenes y normas indicativas”.⁴

A poco de asumir, el presidente Videla mantuvo una reunión con directivos de diarios y radios privadas para agradecerles su cooperación con el gobierno y su “objetividad” al informar sobre el golpe de Estado. *Clarín* informó sobre la reunión afirmando que en ella se había alcanzado un acuerdo y que ya no habría restricciones a la prensa.

Posteriormente se instaló un “Servicio Gratuito de Lectura Previa” en la Casa de Gobierno, pero no hubo otras sanciones formales a la actividad periodística, cuya rutina de trabajo, por lo demás, continuó básicamente ininterrumpida.

El modo en que la libertad de expresión fue coartada por la autocensura mucho más que por una censura previa, en función del terror, es mencionado por numerosos protagonistas de la época. Al no haber mecanismos de censura previa establecidos ni directivas específicas sobre el manejo de la información, el auténtico límite era el establecido por el miedo. La ausencia de una oficina de censura centralizada hizo su ejercicio más ubicuo y efectivo: Su modo operativo se encuadraba así en la planificación general del terrorismo de Estado, una de cuyas metodologías básicas fue la represión ejercida de modo indiscriminado y sin fundamento claro para internalizar masivamente el concepto de castigo y paralizar de tal manera el mayor número de reacciones posibles.

La censura consistía en terror del gobierno y autocensura de los periodistas, directores y editores. El problema siempre era la pregunta de qué es lo que todavía se puede publicar, qué tan lejos se podía ir, dónde estaba el límite. Cuando hay censura previa, es el gobierno el que establece el límite. Al no existir censura previa, existía algo así como una ‘censura a posteriori’, es decir, se secuestraba, explotaban bombas, después de que se publicaban las noticias. Quedaba siempre esa duda, de qué se podía publicar y qué no. La autocensura, tuvo un efecto mucho más efectivo que la censura previa. Porque ahí el límite está puesto por el miedo. Sólo una tenue línea dividía a la censura ordenada por los sucesivos gobiernos y a la autocensura por parte de los medios; existía en cambio, una especie de acuerdo tácito entre los gobiernos y los propietarios de los medios acerca de lo que no se podía publicar. Es difícil determinar dónde radicaba la frontera entre la libertad para publicar y la censura del gobierno

El gobierno militar consideró a los medios de comunicación masiva como uno de los instrumentos privilegiados para desplegar plenamente sus objetivos “reorganizadores”. Además era necesario controlar, exhaustivamente, la circulación de información sobre la “guerra sucia.” Dicha vigilancia tuvo un efecto perdurable y condicionante sobre la sociedad, proporcionando elementos que permitiesen la construcción de una realidad segura, y al mismo tiempo una sensación constante y tangible de miedo.

⁴ “El gobierno y los diarios” *Clarín* 22/4/76. pág.1

Un gran manto de silencio acompañó la información oficial sobre la represión, la cual fue funcional para aquellos que prefirieron “no saber”, como forma de escape de la incertidumbre en la cual se encontraban o de posibles conflictos de conciencia. Para quienes no podían o no elegían esta vía de escape, la cobertura oficialmente controlada (con mucho más de autocensura que de censura directa) hacía posible entrever regularmente, los vestigios del horror. Un horror suficientemente fuerte como para sostener en el tiempo un efecto paralizante.

El objetivo que los dictadores asignaron a los medios, como uniformadores culturales y políticos, se realizó a través de diversos dispositivos de censura y autocensura, los cuales posibilitaron la obtención de resultados efectivos, ya que los medios dejaron de representar un ámbito propiamente público y se adaptaron a pautas antiintelectuales y anticulturales. Es de destacar, sin embargo, las diferencias entre los diferentes medios, producto y reflejo de la distancia entre la adaptación a las circunstancias imperantes y al entusiasmo militante. En suma, los medios cumplieron un papel clave en la configuración de la atmósfera opresiva en la que se sintieron sumergidos millones de argentinos en la dictadura. Pero más que miedo los medios transmitieron mediocridad y una especie de atmósfera tediosa que parecía anular toda posible reacción.

Las páginas de los medios antes de 1979 son tan absolutamente neutras, tan grises, que no se encuentra prácticamente ninguna vida periodística: sino solo una pura y monocorde megafonía de la palabra oficial. De esta forma, se los puede pensar, como una “rara” versión del Boletín Oficial de los militares, como si la voz de los diarios hubiera desaparecido. Los medios se someten a ese poder y renuncian a su presunta misión esencial: la mediación ante los lectores. He aquí una de las estrategias discursivas de toda la prensa que dominan los primeros años de la dictadura. Uno de los recuerdos más socorridos sobre los primeros tiempos de la dictadura es el que gira en torno de la súbita interrupción de la transmisión televisiva que daba paso a los Comunicados oficiales. Los diarios no hacen sino amplificar socialmente esa misma verticalidad y la consolidan dándola por imbatible.

Responsabilidades y complicidades

Hubo distintos tipos de situaciones reiteradas a lo largo del proceso. Una, la de las empresas periodísticas, los grandes formadores de opinión y activos golpistas de siempre, todos pugnando por destacarse en su papel de voceros de la dictadura. Dentro de éstos es posible diferenciar a los implicados estructuralmente con un Bloque Civil dictatorial, de aquellos oportunistas, cuyo único objetivo de usufructuar los posibles favores de los que habían usurpado el poder del Estado.

El segundo tipo de situaciones es de los que hicieron lo indecible, para restarle espacio a la dictadura y, dentro de los márgenes de lo posible introdujeron sus críticas, sus reparos y sus análisis reticentes en elogios de la actividad militar. Fueron cuantitativamente inferiores, pero sumados a los que prefirieron no ejercer la profesión y se dedicaron a otras actividades, forman un sector más que destacable de los comunicadores.

Una tercera situación fue la protagonizada por aquellos, que si bien no se sumaron al voluntario elogio desmedido de la represión masiva, tampoco hicieron nada en su ejercicio profesional, ocupando puestos clave en los medios, por restar aunque fuera muy mínimamente el espacio de consenso buscado por los militares. En este tercer supuesto, es donde cabe analizar los límites éticos del informador. A nadie puede reclamársele gestos heroicos o inmolaciones, pero sí era justo pedirles que hicieran lo

que hizo el segundo grupo precedentemente descrito. Al fin y al cabo, en último caso, no era la única oportunidad laboral posible y no es suficiente razón la defensa de la fuente de trabajo, en un tema donde estaban en juego millares de vidas. Es, en las palabras de Arendt, la “banalización del mal”, ya que extremando la argumentación, también es razonable la actitud de un verdugo de Treblinka: él también necesitaba el trabajo, y se limitaba a bajar sólo una palanca para que entrara el gas en las cámaras.

Existió una ambigüedad, una posición ambivalente, de algunos medios masivos, con el gobierno en las posiciones editoriales y frente a la violencia paraestatal, expresada en una crítica velada, tenue, “formal”, a la represión estatal. Los ataques a la prensa eran vistos por los diarios como parte de un contexto particular de guerra. Se defendía la legitimidad y la justificación de la iniciativa militar, donde el accionar del gobierno frente a la guerrilla y la política económica eran evaluadas con cierta neutralidad, pudiéndose diferenciar un análisis más crítico en el segundo aspecto. Los procedimientos del terror dejaron en las editoriales su testimonio, por lo que quedaba anulado el margen de un eventual “yo no sabía”.

La resistencia

La referencia de los historiadores a la ausencia absoluta de espacio público durante la dictadura implicó un factor de reflexión permanente. Si se parte efectivamente de la concepción de “espacio público”, como lugar de surgimiento de la opinión pública y eje de la cohesión social y la legitimación política, es evidente que su existencia resulta indisociable de la vigencia del Estado de derecho. Pero el delgado margen donde unos pocos actores intervienen para ampliar las fronteras de lo publicable en dictadura tampoco puede descartarse de plano.

Hay allí un espacio donde las personas buscan modos de unirse entre sí y actuar públicamente, una “esfera pública” entendida, con Hannah Arendt, como el “mundo... común a todos nosotros y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él”, el lugar de “los asuntos de quienes habitan juntos en el mundo hecho por el hombre” (Arendt, 1996). Esta autora recuerda que, aunque en las tiranías esa esfera pública se ve amenazada por el aislamiento, no todos los contactos entre los hombres quedan rotos, ni destruidas todas las capacidades humanas puesto que “la tiranía basada en el aislamiento deja generalmente intactas las capacidades productoras del hombre”.⁵ Si, como señala Arendt, “la diferencia entre una literatura clandestina y la ausencia de literatura equivale a la diferencia entre uno y cero” (Arendt 1999), también es decisiva la diferencia entre una prensa totalmente sometida y una donde los resquicios, aun si mínimos, permiten al lector dispuesto a hacerlo percibir la dimensión oculta del terror.

Esta diferencia no carece de importancia en el caso argentino, donde la resistencia a la dictadura se articuló en gran medida a partir de demandas “privadas”, tal como sucedió con los organismos de derechos humanos y familiares de desaparecidos, como consecuencia de lo cual lo público y lo privado sufrieron mutaciones e interpenetraciones que exceden su definición clásica.

Es en esa delgada esfera pública, sujeta, sin embargo, a coacción, pero por eso mismo más significativa y valiosa, donde se disputó el estrecho margen donde nombrar lo que no se puede nombrar.

La censura y la intervención directa del poder militar en el ámbito de lo cultural no operaron de igual modo en los diferentes medios de comunicación y en los diversos

⁵ Arendt, Hannah: *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen, Barcelona, 1999.

sectores de la cultura. Así, por ejemplo, en la cinematografía o la radiodifusión el discurso de la censura siempre fue más claro y explícito que en otros espacios, aunque también abundan los ejemplos de prohibiciones en el teatro o de editoriales. A pesar de tratarse de un período en el que hubo fuertes controles sobre la producción cultural y mediática, los medios de comunicación no funcionaron “en bloque” y encontramos una diversidad de productos culturales. Si recorremos los textos que hoy nos hablan sobre la producción cultural de ese período, vemos que plantean un enfrentamiento entre los discursos artísticos (teatro y literatura, pero también rock nacional y revistas culturales) y los medios masivos. Los primeros son considerados como zonas de resistencia cultural y los segundos como elementos que reproducían hegemonícamente el discurso autoritario.

De allí que las voces alternativas casi no puedan encontrarse en las publicaciones de alta tirada o en el discurso informativo, en tanto se reconocen como protagonistas principales de la producción de discursos alternativos que, en los primeros años del régimen, se encontraban dispersos, puesto que su movilidad, semiprivacidad y dispersión eran condiciones de supervivencia. De esta forma, a pesar de que los canales públicos de circulación de información estaban obturados, era posible conocer mínimamente la situación política a través de conversaciones o contactos personales y de publicaciones de circulación acotada que, en los últimos años del período, llegaron a ocupar un espacio importante que marcaron el inicio de la transición.

Se verifica en el período un descenso abrupto –en términos cuantitativos– de la circulación y del consumo; un control férreo en lo que respecta a la producción –que no impide, sin embargo, ciertos resquicios de independencia y de resistencia–; dos momentos de “pico” en lo que se refiere a la difusión de la ideología del régimen, dados por el campeonato mundial de fútbol (junio y julio de 1978) y por la guerra de Malvinas (abril a junio de 1982); y una distinción muy clara entre una primera etapa de persecución y censura (1976-1980) y un segundo momento de quiebre del discurso monolítico dictatorial que se acentúa después de la derrota de Malvinas, anunciando la apertura democrática hasta 1983.⁶

El miedo impuesto desde el gobierno no tuvo los mismos efectos en todos. Existieron algunos pocos que disponían de demasiada buena información sobre lo que estaba pasando, hecho que no les permitía reducir su tensión ni el conflicto interno a través de la negación o la evasión. Los mismos no se paralizaron e intentaron desafiar al régimen un terreno que el gobierno sentía delicadamente: la denuncia de los crímenes represivos.

Aunque muchos corresponsales extranjeros fueron intimidados y algunos expulsados, esta situación no impidió la continuidad de un circuito de información con el resto del mundo cuyos semanarios y diarios no dejaban de llegar al país. Es de suponer que la labor de la prensa extranjera fue muy valiosa, pero no lo fue menos la valiente colaboración que el periodista argentino Rodolfo Walsh impulsó como experiencia del periodismo genuinamente entendido como un acto de resistencia popular. Frente a la versión que planteaba que en las redacciones no se conocía lo que comenzó a ocurrir

⁶ Por efecto de la censura, fue evidente la caída de la producción, la circulación y el consumo de revistas nacionales. En su informe de 1973-1980, el Instituto Verificador de Circulaciones señala que hacia 1970 circulaban en todo el país 235.600.000 ejemplares de revistas, mientras que en 1976 la circulación se había reducido a 100.700.000. Si en 1973 se consumían 122.100.000 ejemplares de revistas nacionales, en 1977 esta cantidad era de 79.600.000. Según un informe de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), hacia 1980 se vendían 1.780.100 diarios, cifra menor que 10 años antes, cuando la venta total había sido de 1.985.900. Los periódicos de mayor circulación eran *Clarín* con 539.800 ejemplares, *Crónica* con 426.000, *La Razón* con 304.800 y *La Nación* con 248.300. En ese momento, también circulaban *Diario Popular*, *La Prensa* y *La Opinión*.

una vez instalada la dictadura, es posible afirmar que el propio Walsh –periodista, escritor y militante montonero– puso en marcha dos agencias de noticias, para aportar la información que los medios no podían o no querían publicar, una cuya sigla ANCLA, significaba Agencia de Noticias Clandestina, y la otra era Cadena Informativa.

Es en este contexto donde aparece la labor del semanario Nueva Presencia. Frente a una cobertura ínfima o aséptica, o a la absoluta omisión o ausencia de cobertura sobre ciertos temas, el semanario despliega diversas estrategias para la construcción de su agenda en la que no descarta hablar de temas verdaderamente importantes y significativos, dadas las circunstancias que estaba atravesando el país.

Así el tema de la violencia de Estado, como la violación de los DD.HH., la instauración de un sistema económico brutal y expulsor, como el accionar de los organismos de defensa de los DD.HH., la desintegración social, o la corrupción eran noticias que el semanario instalaba en su agenda de manera concreta.

El semanario es creado como un suplemento en castellano del diario Di Presse, que se publicaba en idish, y estaba dirigido hacia un público más joven de la comunidad judía en la Argentina. Posteriormente se fue haciendo cada vez más importante hasta convertirse en un semanario autónomo.

Si bien en un principio el grueso de la información estaba dirigido a analizar estrictamente problemas de la realidad sociopolítica del estado de Israel y de la comunidad judía en general en todo el mundo -desde una mirada más progresista en franco enfrentamiento con los sectores más conservadores de la comunidad judía, a nivel nacional e internacional - con el correr de los meses las noticias de la región latinoamericana, en general, y la de Argentina, en particular, fueron ganando espacio dentro del semanario. Las noticias de orden nacional comienzan a desplegarse dentro de la diagramación del semanario cada vez con mayor presencia en espacio y en densidad. En un primer momento aparecen como pequeños recuadros fijos en las primeras páginas, mezcladas con aquellas noticias de orden regional, para luego ir desplazándose hacia lugares más destacados, como el editorial o notas de mayor extensión ocupando más páginas y secciones.

Otra cuestión importante ha destacar es, también, cómo la cuestión de la denuncia de la violación de los DD.HH. va surgiendo dentro del temario del semanario cada vez con más fuerza. Es posible rastrear dicha aparición y cómo esta se hace más importante dentro del conjunto de noticias (por ejemplo como aparece en la sección de Carta de Lectores, luego en pequeños recuadros puntuales y cuando ya forma parte de notas más extensas). Asimismo, es posible destacar como el tratamiento de estos temas se intensifican con el pasar de los años o con la aparición de algún episodio público destacado (como por ejemplo la visita de la Comisión Interamericana de DD.HH., o la denuncia de los organismos de defensa de DD.HH., etc.)

En este mismo sentido, las referencias constantes y fuertemente críticas a las dictaduras militares de otros países latinoamericanos (Brasil, Uruguay, Nicaragua, Chile, Paraguay, etc.) es posible analizarlas como fuertes críticas a los aspectos más represivos de las mismas y por ende del gobierno argentino.

Temas como los desaparecidos, la violencia política y económica ejercida por el Estado, o la violación de los derechos humanos, en las dictaduras latinoamericanas, son planteados por el semanario en términos fuertemente críticos, y en donde es posible vislumbrar un juicio valorativo muy importante respecto del gobierno dictatorial argentino.

Si bien los términos utilizados respecto del accionar de las demás dictaduras de América Latina no son fácilmente reconocibles para nombrar a las acciones del gobierno de facto argentino -por lo menos en un primer momento- dadas las características del semanario, es decir su posicionamiento político e ideológico general, es posible inferir un cuestionamiento muy fuerte respecto de la dictadura argentina, el cual era expresado en palabras muy críticas a las otras dictaduras, pero haciéndola también, al mismo tiempo, extensiva a la del país.

Respecto de la información que se refería específicamente a la Argentina, el semanario, en sus comienzos (los cuales coinciden con la etapa más feroz de la represión), en muchos casos utilizaba las propias palabras de los agentes del gobierno, pero refiriéndolas dentro de un contexto discursivo particular, el cual mediante el uso sugestivo de negritas o de algunas palabras clave resaltaban de manera clara su posición respecto del tema abordado por la noticia en cuestión.

Este uso de marcas textuales dentro de las noticias, expresadas en el uso de negritas, o de palabras y/o frases específicas (“paradójicamente”, “significativamente”, “llamativamente”, “resulta evidente”) dentro del discurso de otros, ya sean agentes del gobierno u opositores al mismo, es posible entenderlo como una forma de posicionamiento crítico respecto del gobierno militar.

Asimismo, aparecen en sus páginas referencias a actores críticos al gobierno militar (políticos, activistas de los DD.HH., obispos críticos, sindicalistas, etc.), ya sean a través de sus dichos o sus acciones, los cuales son destacados particularmente, dándoles un espacio que no existía en otros medios.

En este mismo sentido, es posible reconocer otra forma crítica del semanario al gobierno, en el uso, en muchos casos, de figuras retóricas para el rescate de determinados valores democráticos o morales, como por ejemplo resaltando la figura y los valores éticos de nuestros próceres, como San Martín, Belgrano, o rescatando hechos históricos significativos, como el Éxodo Jujeño, o la Vuelta de Obligado, o recordando otras dictaduras argentinas como la de 1930, etc., figuras que eran utilizadas para poner en contraste con la actualidad nacional del momento.

Es posible, entonces, establecer que la censura no acalló de manera uniforme todas las voces de la prensa, sino que es posible rastrear la trayectoria de algunos referentes que confrontaron críticamente la violencia desatada por el gobierno militar y la violación de los derechos humanos desde el discurso periodístico, este es el caso del semanario Nueva Presencia.-

Retomando la clasificación de Duhalde es meritorio destacar, entonces, a aquellos que hicieron todo lo posible a su alcance y más, aun a costa de su propia integridad, para construir un espacio, por mínimo que sea, desde el cual resistir a la dictadura y, dentro de los límites posibles, introducir sus críticas, sus observaciones y sus análisis poco afectos a elogiar las disposiciones del gobierno militar. Que su número no haya sido el proporcional a los aduladores del régimen, ni el deseado por aquellos que sabían lo que estaba ocurriendo de manera fehaciente, no impide bajo ningún concepto destacar que su actuación posibilitó la existencia de un espacio digno de resistencia a la dictadura.

Carlos Medina
17306217

Fuentes bibliográficas

Arendt Hannah: *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen, Barcelona, 1999.

_____ *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 1996.

Aspiazu, D., Khavisse, M., Basualdo, E.: *El nuevo poder económico*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988.

Avellaneda, Andrés: *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*. Buenos Aires, CEAL, 1986.

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín: *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1998.

Bourdieu, Pierre: *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000

Castoriadis, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. II, Tusquets, Barcelona, 1989.

Caraballo, Liliana: *La dictadura (1976-1983) Testimonios y documentos*, Eudeba. Buenos Aires, 1999.

Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia. La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Ariel. Buenos Aires, 1997

Duhalde, Eduardo Luis: *El Estado terrorista argentino*, EUDEBA, Buenos Aires, 1999.

Ferreira, Fernando: *Una Historia de la Censura. Violencia y proscripción en la Argentina del siglo XX*, Norma, Buenos Aires, 2000.

Flic, Judith: *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*, Biblos, Buenos Aires, 1997.

Gabetta, Carlos: "Y la sociedad dio un grito", en *Le Monde Diplomatique, el dipló*, Buenos Aires, Enero 2002.

Getino, Octavio: *Las industrias culturales en la Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 1995.

Graham Yooll, Andrew: *De Perón a Videla*, Legasa, Buenos Aires, 1989

INDEC. Anuario Estadístico 1979-1980

Romero, Luis Alberto: *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996.

Schindel, Estela, *Palabra, cuerpo y ausencia. Los desaparecidos en el discurso de la prensa escrita. 1978-1998*. Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, abril 2000

Sidicaro, Ricardo: *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación (1909-1989)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

Timerman, Héctor: *Preso sin nombre, celda sin número*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2000.

Verbitsky, Horacio: *Walsh y la prensa clandestina*, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires, 1986.

Fuentes hemerográficas:

REVISTA HUMOR REGISTRADO, Colección personal

SEMANARIO *NUEVA PRESENCIA*, Colección del CEDINCI, IWO y particular